

LOS EVANGELISTAS DE FRESNILLO DE DUEÑAS (BURGOS)

Cuatro esculturas representando a los Evangelistas, toscamente repintadas de blanco, se conservan en la sacristía de la iglesia de Fresnillo.

San Juan.—Bella figura de adolescente, bien compuesta, con un sentido de naturalidad preciso. De pie, escribe en grueso infolio mantenido sobre la pierna izquierda, que dobla y apoya en un pequeño escabel o plinto, ligeramente moldurado y cubierto en parte por las alas explayadas del águila simbólica. Viste túnica y sobre ella manto que anuda en el hombro derecho gruesa fíbula redonda; túnica y manto caen en claros y sencillos pliegues sobre el pecho, y se alborotan en grandes planos sobre la rodilla, el águila y el escabel. La cabeza, fina, noble y delicada, de un modelado suave; frente ancha limitada por crenchas que, partidas, descienden en rizos amplios, enmarcando el fino óvalo del rostro; ojos ligeramente hundidos y entreabiertos, modelándose cejas y párpados con una suavidad cercana a producir un *sfumato*; nariz recta y fina; labios gruesos; mentón acusado; todo ello señalando una especial y muy natural adaptación al instante que el escultor quiso sorprender. El Evangelista ha detenido un momento el deslizar de su pluma; quizá acaba de hundirla en el pocillo que, hábilmente, sostiene con la mano izquierda, apoyándolo sobre el infolio, y piensa por un instante cómo ha de continuar; tal es la expresión que revelan los rasgos de esa cabeza delicada, llena de una especial vida interior y en acuerdo total con la acción.

San Mateo.—Figura digna y llena de prestancia, guarda en sus líneas generales análoga disposición a la anterior. Sostiene un ancho infolio sobre la pierna derecha, que flexiona, apoyándola sobre un escabel. A su lado un niño (representación del Ángel) alza un pocillo con la mano derecha, en el que el Santo hunde su pluma; con la izquierda sostiene una sencilla cartela que apoya en el escabel. El Evangelista inclina ligeramente la magnífica cabeza, respondiendo a la acción. Viste túnica, sobreveste de manga corta y un amplio manto

que, después de terciarse de izquierda a derecha, cubre la cabeza por su parte posterior, dejando escapar, sobre la frente despejada, tres mechones de rizos. El rostro venerable se puebla con amplia barba que descende sobre el pecho. Ojos medio entornados y atentos a la acción; pómulos salientes; nariz fina; conjunto lleno de empaque y de nobleza.

San Lucas.—Sobre la pierna izquierda, que dobla y apoya en un escabel molidurado, desenvuelve un *volumen* que mantiene tenso con la mano izquierda (en la que a su vez sostiene el pocillo que le sirve de tintero) y cae enrollándose por su otro extremo. Viste amplia túnica que se corta en profundos pliegues, dejando grandes planos libres, sabiamente dispuestos, y cubre su noble cabeza, poblada de corta barba rizosa, con manto que se orna con un botón sobre la frente, cae en pliegues rectos sobre el hombro derecho y se cruza y dobla sobre el pecho con severa gracia. A sus pies, el animal simbólico, sobre el que aparentemente se apoya también, alza su cabeza y parece iniciar un mugido, curiosa acomodación del animal a la acción, lo que nos interesa recoger, como luego veremos. Facciones nobles y dignas; pómulos salientes; ojos entornados; nariz fina, cabeza, en fin, llena de prestancia.

San Marcos.—La disposición de la figura es análoga. Flexiona la pierna izquierda sobre el león alado, que en este caso le sirve de escabel, desplegando sobre ella una hoja en la que escribe. Viste túnica y sobre ella veste de manga corta que se recoge junto a la axila y se recorta en escote cuadrado sobre el pecho. La cabeza desnuda, cubierta de rizos, se inclina ligeramente hacia delante. Frente ancha; rostro ovalado que estiliza una barba corta; ojos entornados y fijos a la acción; nariz fina; pómulos salientes; menos prestancia pero igual dignidad.

¿De qué gubia castellana proceden estas tallas interesantes?

No es problema fácil, ni pretendemos sobre ello, desgraciadamente, encontrar una clara solución.

Tal vez con cierta ingenuidad, que infinitas veces nace de nuestra propia admiración hacia unas obras, o del grado de emoción que nos producen, intentamos hallar una paternidad, basada en nuestro recuerdo directo de otras, en nuestros estudios, en la valoración de características acusadas por quien puede hacerlo, o también por ese pueril afán, no por pueril menos lógico, de querer explicarlo todo.

Luego, como algo curioso; en un buen día surge el documento, y con él la confirmación o la negación de todo aquel posible andamiaje con el que creímos alcanzar una verdad. En el primer caso, una satisfacción; en el segundo, una contrariedad, la que es fácil conllevar,

siquiera porque la verdad se abrió camino. Así, el temor a no acertar no debe ser obstáculo para hacernos ocultar una opinión, sobre todo si ella se formula lealmente; y éste es nuestro caso con referencia a los Evangelistas de Fresnillo de las Dueñas, descubiertos en una de las prospecciones de nuestro Seminario.

El maestro D. Manuel Gómez-Moreno (1) exhumaba un viejo e interesantísimo texto (2), y apoyándose en él nos sitúa cuatro figuras de artistas españoles que en el segundo decenio del XVI pudieron recibir el nombre de *Aguilas* y, con tal nombre, situarles dentro del panorama y ambiente artístico de España, como intérpretes valiosos del profundo movimiento que se fraguaba en Italia, con tal especial sentido captado, que no son meros plagarios, sino verdaderos creadores que supieron mantener en firme sus propias y magníficas personalidades. Estos fueron Ordóñez, Silóee, Machuca y Berruguete.

De entre ellos, elegimos a nuestro propósito la figura seguramente más señera, la más amplia, la más formada, la más sutil, la más fina, la que en razón a todos estos especiales valores logra, como es lógico, crear escuela, crear discípulos, crear continuadores de su sentido artístico, forjando hombres que, si quedan situados en nivel inferior al maestro, no por ello carecen de valor, porque, al fin y al cabo, aun sin destacar sus personalidades, vienen a concretar, en aspectos diversos, aquella actividad y aquella posibilidad de éxito que se deben a las normas sustanciales dictadas por el genio artístico del maestro.

Y he aquí a un buen burgalés, hijo de maestre Gil, «gran entallador e imaginero», compañero de Ordóñez en Barcelona y Nápoles, recluido en Burgos, donde se relaciona con Bigarny hasta el momento de salir triunfante para Granada; un buen burgalés fastuoso y señor que se llamó Diego Silóee y en quien tal vez fuera posible ver al autor de nuestros Evangelistas.

La situación durante su estancia en Burgos (años algo difíciles en la vida del gran artista), debió obligarle a prodigar su esfuerzo buscando encargos. En esta época establecería su taller, concurrido por artistas, aunque desgraciadamente no conocamos muchos nombres de ellos (Juan de Villarreal, Gregorio Pardo), lo que no ocurre en la época granadina, espléndido momento de la actividad artística del gran maestro, de cuyo periodo conocemos nombres de entalladores, discípulos superiores que cooperaron en las magnas concepciones decorativas de Silóee.

(1) Manuel Gómez-Moreno, «Las Aguilas del Renacimiento Español». C. S. de I. C. Instituto Diego Velázquez. Madrid, 1941.

(2) De la pintura antigua, por Francisco de Holanda, versión castellana de Manuel Denis. Edición de la Real Academia de San Fernando. Madrid, 1921.

Las notas características de Silóee, aparte la interesante amplitud de sus aptitudes, cuya rara y extraordinaria multiplicidad le permite hacer frente, con soluciones propias, a los más variados aspectos del arte, en líneas generales podrían señalarse por un gusto y especial sensibilidad para componer; en una esmerada corrección nacida de un estudio profundo, que en los anatómicos alcanza gran justeza. Concretamente en cuanto determinantes de ejecución, un modelado suave sin dejar de ser vigoroso; un modo de tratar los paños, plegándolos justa y airosamente en surcos profundos que dejan anchos planos bien estudiados, que revelan las formas que encubren; frentes anchas; pómulos salientes; ojos suavemente entornados y hundidos; narices finas; movimientos acordes por entero con la acción que quiere expresarse y una adaptación de lo accesorio a lo principal, en función de un mayor valor expresivo y justo.

Silóee trabaja con Ordóñez en Nápoles (1) en la Capilla de los Caraccioli de Vico, en San Giovanni a Carbonara, y de su cincel son, y a nuestro propósito interesa señalar, el San Marcos y el San Lucas, entre otros magníficos relieves debidos a su hábil mano. A Silóee se debe el encantador grupo de la Sagrada Familia (2), conservado en nuestro Museo Nacional de Escultura Religiosa, y del cual nuestro Colegio Mayor Universitario de Santa Cruz goza de un vaciado en lugar preferente expuesto.

Si parangonamos estas obras salidas de manos del gran artista con las figuras de los Evangelistas de Fresnillo, nos atrevemos a señalar un claro y profundo parentesco.

Los Evangelistas de Fresnillo se perfilan sobre un patrón, lo que no supone amaneramiento ni falta de inventiva. Cada figura tiene marcada individualidad, aunque sus líneas generales se calquen, por decirlo así, pero sin pérdida, en modo alguno, de sus propias particularidades que los valora y distingue netamente y hace fe de la amplitud de recursos del artista. Se apoyan sobre el mismo escabel; reflejan la misma acción; utilizan sus símbolos en el mismo grado, salvo para San Mateo, cuyo símbolo, como figura humana, se acomoda a la acción con sentido más lógico, como cumple, como había de ser, como se nos revela también en el mismo Evangelista, en la Capilla de San Giovanni. Los demás tetramorfos tan sólo sirven de escabel, y únicamente el toro de San Lucas parece pedir al Evangelista el honor de que su testuz sirva de atril, recordando su función en el relieve de San Giovanni. El Ángel, en el San Mateo de la Capilla Caraccioli, es un bello adolescente. En el de Fresnillo es un niño encan-

(1) Gómez-Moreno, ob. cit.

(2) Gómez-Moreno, ob. cit.

tador cuya cabecita recuerda bien, en lo general de su factura, las de los niños del grupo de la Sagrada Familia del Museo de Valladolid.

Si continuamos intentando establecer un paralelo entre estas obras, nos parece poder anotar una especial semejanza en el plegado de paños de las figuras de los Evangelistas con el que nos muestra el grupo de la Sagrada Familia; estos paños duros, pesados, como de lana, que cuesta doblarlos pero que sin embargo revelan cuanto ocultan, con un sentido de justeza admirable.

Y del mismo modo otros detalles; frentes anchas, pómulos salientes, que aun en la cabeza de la Virgen, más suave y dulce de modelado, se acusan; ojos hundidos y entornados; crenchas que se desbordan ordenadas con gracia y sin afectación; detalles todos que acercan estas obras dándoles, a nuestro juicio, un aire especial de familia.

Sin embargo, hay detalles que nos obligan a mantener un sentido de duda con referencia a considerarlas obras directas del gran maestro. En la interpretación de los tetramorfos, salvo para el signo de San Mateo, se señala una falta de naturalismo y un goticismo que Silóee nunca aceptó a pesar de la presión artística que en su educación pudo recibir en sus primeros años. ¡Cuán diferentes el águila y el león de los relieves de San Giovanni, de los de Fresnillo! Aquéllos, naturalistas por convencionales que sean; éstos, francamente goticistas, incluso en ejecución.

Pero, a más, nos falta en estas obras un especial detalle, tan repetido en las de Silóee, que hace aumentar nuestras dudas. Es éste esa característica peana de las figuras de Silóee formada por un plinto como de lajas pizarrosas superpuestas (1), lo que viene a constituir detalle tan repetido en las obras del maestro que su falta presupone o arguye la de su intervención y establece la duda de que puedan proceder directamente de su fina gúmia o de su admirable cincel.

Del taller de Silóee en Burgos, desde 1519, después de su estancia en Italia, a 1528, que pasa a Granada, poco en realidad sabemos, y sólo conocemos un grupo de interesantes obras que pudieran fecharse en estos diecinueve años, en los cuales podríamos enclavar nuestros Evangelistas, si no como obra directa del gran maestro, águila espléndida de nuestro Renacimiento, tal vez sí como obra de su taller en Burgos.

C. DE MERGELINA.

(1) Gómez-Moreno, *ob. cit.*



Lám. I.—Diego Silóee? San Juan y San Mateo. Fresnillo de las Dueñas (Burgos).
(Fot. S. E. A. A.)



Lám. II.—Diego Silóee? San Juan (detalle). (Fot. S. E. A. A.)



Lám. III.—Diego Silóee? San Mateo (detalle). (Fot. S. E. A. A.)



Lám. IV.—Diego Silóee? San Lucas y San Marcos. Fresnillo de las Dueñas (Burgos).
(Fot. S. E. A. A.)



b)

a)

Lám. V.—Diego Silóee? a) San Lucas (detalle). b) San Marccs (detalle). (Fot. S. E. A. A.).

a)



b)



Lám. VI.—Diego Silóee. a) San Lucas. b) San Marcos. Relieves del retablo de la capilla de los Caraccioli en San Giovanni, Nápoles. (Rep. de «Las Águilas del Renacimiento Español»).



Lám. VII.—Diego Silóee. La Sagrada Familia, en el Museo Nacional de Escultura de Valladolid.